

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: El anhelo de Dios –
Salmo 63
(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 63:1-11

En el Salmo 63, David expresa su profundo anhelo de Dios en una situación extremadamente difícil, en el desierto. En ese momento él era rey y podría regocijarse en sus éxitos: Dios le había ayudado a derrotar a los pueblos enemigos de los alrededores, incluidos los poderosos filisteos, y David había conquistado la capital, Jerusalén. Durante su reinado, había logrado expandir el territorio de Israel hasta alcanzar una extensión que nunca más volvería a alcanzar. Sin embargo, precisamente en lo que parecía ser el punto culminante de su carrera, David vio cómo todos los éxitos que había logrado hasta entonces perdían su valor: se encontraba en el desierto, probablemente huyendo de su propio hijo, Absalón.

No era la primera vez que David se enfrentaba al desierto. Ya lo había vivido durante la larga persecución del rey Saúl, descrito en 1. Samuel 19-24. Y ahora Dios permitía de nuevo que David, “el hombre conforme al corazón de Dios” (comp. 1.S. 13:14), tuviera que huir al desierto, descrito en 2. Samuel 15.

En esta situación, se dirigió a Dios con vehemencia: “Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco intensamente. Mi alma tiene sed de ti; todo mi ser te anhela; cual tierra seca, extenuada y sedienta” (Sal. 63:1 NVI). David compara su vida con lo que ve ante sí en el desierto: sequía, calor insoportable, ningún oasis verde, ninguna fuente manantial, solo una tierra que se consume por la aridez.

Un misionero de África del Sur escribió a alguien que ocupa un cargo de responsabilidad: “Oro por usted, especialmente para que las dificultades de la vida no le sequen el alma ni le desanimen. Veo a tantos creyentes que se están secando interiormente. Acabo de leer el Salmo 65:9: ‘Los arroyos de Dios se llenan de agua’ (NVI). ¿No es esto impresionante? Sus fuentes inagotables nunca se secan. ¡Por eso yo tampoco nunca me secaré!” – La carta llamó la atención de la destinataria sobre el peligro de secarse: estamos expuestos a este peligro. ¡El enemigo intenta secarnos, cansarnos y agotarnos para que nada vivo brote de nosotros! (Lea Sal. 84:5-7; Is. 41:17-20; 43:19.)



Día 2

Salmo 63:1; Mateo 11:28

“Oh Dios, tú eres mi Dios; yo te busco intensamente” (NVI). ¿Nos lanzamos a la búsqueda de Dios en los momentos de desierto de nuestra vida? “Es preocupante lo mucho que incluso los cristianos evangélicos se quejan del cansancio y de la susceptibilidad ante las trivialidades. No son pocos los más comprometidos entre ellos que se sienten interiormente agotados, sin inspiración ni pasión espiritual, como un volcán apagado. Algunos viven sin convicción ni fuerza interior y les cuesta mantenerse fieles a su vocación” (R. Frische). En este contexto, queremos aprender de David cómo superó el tiempo en el desierto durante su peligrosa huida. Es cierto: ¡no tenemos por qué agotarnos ni siquiera en tiempos turbulentos! David nos muestra la fuente a la que también nosotros podemos acceder, en medio de momentos agotadores y caóticos.

Por muy difícil que le resulte este tiempo de sequía, ¡usted está invitado a acudir a la fuente! La fuente viva que nunca se seca es Dios mismo. (Lea Sal. 36:9; Is. 55:1a; Jn. 7:37-39.)

Pero escuchemos la conmovedora queja de Dios: “¡Mi pueblo ha cambiado al que es su gloria por lo que no sirve para nada! ... Dos son los pecados que ha cometido mi pueblo: me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y han cavado sus propias cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua”. (Jer. 2:11b,13 (NVI); comp. Jer. 6:8; 17:13).

Quizás usted también se encuentre ahora mismo en un tramo de camino árido y desolador y ya no entienda a Dios. ¿Son problemas graves de salud o pensamientos recurrentes los que le engañan como un espejismo en el desierto? ¿O le parece que su entorno laboral es como un desierto arenoso en el que los proyectos fracasan o las relaciones no funcionan?

A veces, nuestra vida de fe se asemeja a un paisaje desértico y árido. Quizás nos cueste incluso ser capaces de orar con confianza. Esos períodos de sed nos agotan y nos desaniman. Entonces podemos decir, como David: “Oh Dios, tú eres mi Dios; yo te busco con todo mi corazón” (Sal. 63:1a trad. libre).



Día 3

Salmos 63:2; 42:1-2

“Oh Dios, tú eres mi Dios” (NVI): David se dirige conscientemente a Dios. Este sigue siendo su interlocutor personal incluso en el desierto. David está en contacto directo con Él. Si puedo confiar en Dios, ¿qué me puede hacer el desierto? Quizás al principio solo sea un suspiro: “¡Dios, Dios mío!”. Pero luego puedo aceptar con confianza el hecho: “¡Dios, Dios mío eres tú!”

A pesar de las decepciones y los fracasos, a pesar de la debilidad y de todas las experiencias negativas, lo más importante y lo más grande no nos puede ser arrebatado ni siquiera en los momentos más áridos: ¡Tú eres mi Dios, tú estás ahí! (Lea Sal. 16:2; 118:28-29; Is. 12:1-4.)

David se mantiene firme: “¡Te busco!”. Él, que tenía una relación muy íntima con su Dios, sentía sin embargo la necesidad de acudir a Él en todo momento y con todas sus preguntas. “Dios, Tú eres mi Dios, a ti te busco. Como el sediento que ansía agua, así te ansía mi alma. Con todo mi ser siento cuán grande es mi anhelo por ti en una tierra árida y reseca, donde ya no hay agua” (Sal. 63:1 trad. libre).

¿Qué es lo que usted anhela en momentos en los que todo parece sombrío y desolador, no se vislumbra ninguna salida y acechan peligros impredecibles? ¿Espera que alguien le dirija unas palabras de ánimo, o que un rayo de luz ilumine su camino desde algún lugar, que alguien le vea en su desdicha, le ofrezca cercanía humana o le muestre una nueva perspectiva?

David anhela, ante todo, a Dios, su Palabra vivificante, y el cambio en sus circunstancias figura en segundo rango.

Quizás nosotros también necesitemos pasar por un tiempo de desierto: fracasos, soledad, derrotas e incertidumbres, para que vuelva a brotar en nuestra vida la sed de Dios. ¡Estas experiencias desalentadoras pueden reavivar nuestro anhelo de comunión con Dios!

“El corazón me dice: ‘¡Busca su rostro!’ Y yo, Señor, tu rostro busco” (Sal. 27:8; comp. Sal. 107:6-9; 143:6-8; Jue. 15:18,19).



Día 4

Salmos 63:1-3; 27:4

David conoce a su Dios. A menudo ha experimentado la cercanía de Dios en medio de situaciones críticas. Por eso acude ahora a Dios con su mayor deseo, que expresó así en el Salmo 27: “Una sola cosa le pido al Señor, y es lo único que persigo: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y recrearme en su templo” (v.4 NVI; comp. Sal. 26:8).

En el santuario ha conocido los atributos de Dios: su *poder*, su *gloria* y su *bondad*. La mirada de David se dirige hacia la grandeza de su Dios, y esta se convierte en el centro de su adoración. Adora a Dios por lo que es, simplemente porque Dios es Dios.

Aunque pensemos que Dios no nos escucha, que no interviene en una situación tensa, sigue habiendo motivos suficientes para adorarlo en su grandeza. Esto transforma nuestra mirada, nuestra actitud interior y nuestra forma de pensar. De repente, volvemos a tener ante nuestros ojos a Dios en su poder, su gloria y su bondad, y podemos respirar aliviados.

David sabe de lo que habla cuando se refiere al *poder* de Dios. En una ocasión se enfrentó a la evidente superioridad de Goliat y los filisteos. ¡Qué pequeño e indefenso debió de sentirse en ese momento! Sin embargo, en esa situación abrumadora, se aferró a aquel “a quien se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra” (comp. Mt. 28:18b). Se enfrentó a Goliat con estas palabras: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina. Pero yo vengo a ti en el nombre del Señor Todopoderoso, el Dios de los ejércitos de Israel a los que has desafiado” (1.S. 17:45 NVI).

El Dios que creó el mundo con su palabra poderosa se manifestó entonces y sigue manifestándose hoy como el Todopoderoso. Nada le es imposible. “Él puede hacer lo que le parezca” (Sal. 115:3b NVI; lea Jer. 32:27; Lc. 1:37; Ef. 3:20,21).



Día 5

Salmo 63:2

Dios mostró su *poder* y su *gloria* en numerosos momentos de la historia de Israel y, más tarde, también en los acontecimientos que se relatan en el Nuevo Testamento. En primer lugar, fueron las diez plagas las que enfrentaron al Faraón y a su pueblo. Finalmente, cuando los egipcios ya no veían salida a su doloroso dilema, dejaron marchar a los israelitas. Su posterior persecución hasta el Mar Rojo fracasó: Dios protegió a su pueblo y demostró su poder sobre las fuerzas de la naturaleza. Durante el tiempo de la travesía por el desierto, Dios proveyó a su pueblo de maná, codornices y agua durante 40 años. Les abrió el camino a través del Jordán hacia la tierra prometida: Todas esas historias milagrosas de sus múltiples obras de poder, valen la pena leerlas. (Lea Éx. 13:16; 14:13,14,30,31; 16:35; Jos. 4:20-24.)

Una y otra vez, Dios demostró su poder creador también en la vida de personas concretas: en Sara, que ya había pasado la edad fértil, y en Ana, que sufría por culpa de su rival porque no podía tener hijos; dos mujeres a las que Dios prometió un hijo. Dios, en su poder, da vida donde no hay esperanza. Pero también puede quitar esa vida, como David tuvo que experimentar dolorosamente a causa de su desobediencia. (Lea Gn. 21:1-3; 1.S. 1:1-20; 2.S. 12:13-14.)

El poder de Dios, que todo lo supera, se manifestó de la forma más impresionante en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Pablo escribe a la iglesia de Efeso: “Ruego que podáis comprender cuán inmenso es el poder con el que actúa en nosotros, los que creemos en Él. Es el mismo poder formidable que resucitó a Cristo de entre los muertos y le dio el lugar de honor a la diestra de Dios en el cielo” (Ef. 1:19-20 trad. libre). A través de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, Dios mostró su poder insuperable. Él ha vencido a la muerte y, con ello, nos ha abierto el camino a la vida eterna. (Lea 1.Co. 15:20-22,54b-57.)



Día 6

Salmo 63:1-2; Éxodo 33:12-23

Ante las tareas que tenía por delante, Moisés pidió una perspectiva divina para el camino que le esperaba. En su difícil papel de líder, el estrecho contacto con Dios era muy importante para él. Le recordó a Dios que le había prometido ser benévolo con él y revelarle lo que tenía previsto para él. A esto se sumó su ferviente petición: “¡Te ruego que me muestres tu *gloria!*” (Éx. 33:18).

David formula su súplica a Dios de manera muy similar: “Mi alma tiene sed de ti... para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario”. A lo largo de su vida, David pasó una y otra vez tiempo con Dios en el santuario.

Pasar tiempo con Dios nos revitaliza y nos renueva. Es como encontrar refugio en un oasis. Volver la mirada a Dios nos hace sentir revitalizados. Quien quiera ver más de la gloria de Dios, debe buscar el silencio ante Él y entrar en su presencia (comp. He. 4:14-16; lea Sal. 84:4,10; Mi. 4:2; Lc. 2:36-38; 24:52,53).

¿Anhela nuestro corazón una comunión tan íntima con Dios?

Christa von Viebahn, la fundadora de nuestra comunidad, escribió algunas notas a modo de diario que reflejan su profundo anhelo de Dios:

“Aunque me pierda lo que sea — por muy importante que parezca —, ¡Señor, haz que no pierda mi momento de quietud ante ti!”

“Sean cuales sean las misiones que Dios me haya encomendado, ¡lo más importante es estar en su presencia! ¡Ojalá sea yo una persona de oración!”

“Me he dado cuenta y he aprendido que no gano tiempo si reduzco el tiempo que dedico a estar con Dios. Al contrario, me privo de la fuerza y el equipamiento necesarios, y luego necesito mucho más tiempo para mis tareas; sobre todo, no puedo llevarlas a cabo con la madurez y la bendición que deberían tener.”*

* Hans Brandenburg: “Tenía sed de Dios - de la vida y el servicio de Christa von Viebahn”.



Día 7

Salmo 63:2-4; Isaías 63:7-9

Después de hablar del poder y la gloria de Dios, David se refiere a otro rasgo de su naturaleza: su *bondad, su misericordia (RV), su amor (NVI)*. “Tu amor es mejor que la vida; por eso mis labios te alabarán. Sí, te bendeciré mientras viva, y alzando mis manos te invocaré” (Sal. 63:3,4 NVI). La vida en esta tierra, con sus altibajos, no es lo más importante para David. Él habla de la bondad de Dios, de su gracia, de su amor. Para él, significan más que la felicidad de una vida sin preocupaciones. Así, dirige la mirada hacia el Dador de todos los dones y declara: “Tu bondad es mejor que la vida” (v.3 trad. libre).

Hay muchas cosas de las que se puede prescindir, pero no de la comunión con Dios. El amor no puede prescindir del diálogo con Él, de escucharle y de seguir sus indicaciones:

“El primer mandamiento sigue siendo siempre el primero; así se proclamó en la Antigua Alianza y así se reafirmó en la Nueva: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...’ No se ha olvidado ninguna parte del ser humano en la lista: corazón, alma, fuerzas, mente. Así se destaca con toda claridad la necesidad de amar a Dios. Si no oras, es decir, si no buscas la relación personal con Él, si no estás con Él, de repente lo olvidas. Desaparece de tu memoria, ya no lo reconoces, ya no puedes amarlo... ‘Ojos que no ven, corazón que no siente’: este proverbio se cumple no solo en las relaciones humanas, sino también, de manera dolorosa, en la relación con Dios. El amor supera todas las dificultades para encontrar a quien se ama” (C. Carretto).

Cuando vivimos en esta comunión con Dios, experimentamos su bondad en nuestra vida cotidiana. (Lea Sal. 17:5-8; 26:3,6-8; 73:28.)



Día 8

Salmos 63:3,4; 86:5

“Tu amor me es más que la vida” (Sal. 63:3 trad. libre). – Alguien escribió algo así: “Sin amor no se puede vivir. Si ya no amas a Jesús, te ves obligado a buscar un sustituto para su amor. Lo mismo les habría pasado a Pedro o a Pablo si no hubieran vivido su amor apasionado por Jesús. En lugar de morir como mártires y dar así un testimonio imperecedero, habrían muerto con una vocación perdida” (Lea 2.Ti. 4:6-8,17,18; 1.P. 5:1).

La vida de David también estaba marcada por su amor a Dios. En varios pasajes se refiere a este tema: “Tu amor me importa más que la vida misma, por eso te alabaré”. — “Te amo de todo corazón, oh, Señor, ¡fortaleza mía!” — “¡Amad al Señor, todos vosotros sus santos!” — “El Señor guarda a todos los que le aman” (Sal. 63:3 trad. libre; 18:1; 31:23; 145:20). Amar y saber que Dios nos ama despierta en nosotros un canto de alabanza alegre y agradecido para nuestro maravilloso Señor. (Lea Sal. 68:3-10; 145:1-13.)

“Toda mi vida te daré gracias y te tenderé las manos en oración” (Sal. 63:4 trad. libre). Esta es una expresión de adoración. Él llenará mis manos vacías cuando se las tienda para recibir sus bendiciones.

David ora este salmo en medio de una grave crisis. Se encuentra en peligro de muerte, perseguido por sus enemigos en el árido desierto, donde no hay agua. ¿Le dominan la desesperación, la rebelión, la ira o la resignación? No, él se aferra al amor y a la confianza en Dios. Aunque ha sido despojado de su cargo de rey, su deseo más profundo es alabar a su Dios precisamente en este momento. Esa es una característica distintiva de las personas que aman a Dios con todo su corazón.

“Cercano está el Señor a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que le temen; oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará” (Sal. 145:18-19).



Día 9

Salmo 63:5-6

“Como de meollo y de grosura será saciada mi alma, y con labios de júbilo te alabará mi boca, cuando me acuerde de ti en mi lecho, cuando medite en ti en las vigilias de la noche” (Sal. 63:5-6). David compara la profunda satisfacción interior de su alma “como de un succulento banquete” (NVI). En el Antiguo Testamento, la grasa representa lo mejor que se ofrecía a Dios como sacrificio, como ofrenda por fuego en su honor (comp. Lv. 3:14-17). ‘Meollo y grosura’ contrastan radicalmente con su existencia en el desierto árido y abrasador. Durante su huida, David no podía participar en las fiestas y los banquetes de sacrificio de su pueblo. Sin embargo, no se lamenta con melancolía por su difícil situación. En medio de la solitaria región desértica, experimenta la presencia de Dios y se anima. David comienza a entonar cánticos de alabanza a Dios. (Lea Sal. 36:5-9; comp. Sal. 71:23; Hch. 16:23-25.)

Dios está siempre a nuestro alcance en los momentos de sequía de nuestra vida. Los momentos aparentemente de debilidad, las noches de insomnio en las que nos atormentan las preocupaciones, los miedos y el dolor, exigen una comunión más profunda con Dios. Es sorprendente cómo precisamente en esos tramos del camino, que nunca hubiéramos elegido, se puede revelar nuestra profunda relación con Dios. En los tiempos de desierto estamos desafiados a clamar a Dios aún más fuerte e intensamente. (Lea Job 35:10; Sal. 4:3b; 71:20-24a; 149:5-6a.)

Las palabras de David en el Salmo 16 también pueden servirnos de inspiración para alabar a Dios en nuestro camino: “Alabaré al Señor, que me ha aconsejado. Incluso por la noche me acuerdo de sus consejos. Sé que el Señor está siempre conmigo. No me desanimaré, pues Él está a mi lado. Por eso mi corazón se llena de alegría, y mi boca lo alaba en voz alta. También mi cuerpo descansa seguro” (v. 7-9 trad. libre).



Día 10

Salmos 63:8; 18:35-36

David vuelve a recurrir a una imagen para ilustrar su relación con Dios: “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido”. En hebreo, la palabra que se utiliza aquí es ‘dabaq’: ‘estar adherido, unirse, vincularse estrechamente, permanecer cerca o aferrarse’.

Cuando dos metales diferentes se funden entre sí de forma permanente, se crea una unión inseparable. Así de indisoluble desea David que sea su unión con Dios. Esta unión refleja la estrecha y personal relación del orante con Dios. Y es expresión de una entrega consciente, de una confianza total y de la dependencia, precisamente en su situación de angustia y desesperanza.

¿Qué mejor podemos hacer por nuestra alma atribulada que tender la mano hacia Dios y afianzarnos en Él? Esto nos une firmemente a Él y nos da la certeza de su cercanía. (Lea 2.R. 18:5-8; 1.Co. 6:17.)

En el primer Congreso Internacional de Evangelización Mundial, celebrado en Lausana en 1974, el obispo ugandés Festo Kivengere (1919-1988) habló sobre la *cercanía de Jesús*. Las siguientes palabras inolvidables de aquel entonces siguen marcando este movimiento hasta hoy: “*Hay una clave para comprender lo que este movimiento es en realidad y lo que debe seguir siendo si realmente quiere ser un movimiento. ¡Esa clave es la cercanía de Jesús!*”

Si hoy queremos seguir avanzando por Jesús, eso solo es posible si cada uno vive tan cerca de Jesús como lo expresa David en nuestro salmo: aferrarse a Él y dejarse sostener por Él. David se aferra a Dios con toda su alma, y la mano poderosa de Dios lo rodea. ¡La firmeza de esta unión proviene del apoyo de Dios! (Lea Sal. 139:5,9,10; Is. 41:10,13; Mt. 14:22-33.)

“Señor, porque tu mano poderosa me sostiene, confío tranquilamente.

Porque, lleno de amor, te has dedicado a mí, confío tranquilamente.

Tú me das fuerzas, me infundes alegría y ánimo;

*Te alabo, porque tu voluntad, Señor, es buena”. **

* Hna. Helga Winkel (1926-2016), en el libro de poemas: “Señor, porque tu mano firme me sostiene - oraciones, canciones y poemas”.

Día 11

Salmos 63:9-11; 108:1-6

Los últimos versículos del Salmo 63 muestran una vez más la situación amenazante en la vida de David. Se encuentra en grave peligro de muerte. Habla de personas que quieren hacerle daño y le desean la muerte. Sin embargo, el que es sostenido por Dios deja en manos de Dios a sus enemigos y sus maquinaciones. Llegará un fin para los enemigos de David, aunque las circunstancias no lo dejen entrever por el momento. David se aferra a la certeza de que no está abandonado ni a merced de nadie. Descansa en Dios y sabe que Él lo sostiene. Así puede oponer decididamente a sus ‘circunstancias del desierto’ con: “*Pero* el rey se alegrará en Dios” (v. 11a). Es un perseguido, un aislado, rodeado de peligros externos en el desierto; y, sin embargo, es rey. Aunque nada de eso se vea, él sabe quién es. Es cierto que tenía motivos para estar inquieto y temeroso, pero se regocija en Dios. (Lea Sal. 28:1-9; 138:1-3; 50:23.)

‘Arraigado en Dios’: ese es el secreto de David. La vida invisible con Dios nos da apoyo y nos ayuda a mantenernos fuertes en los momentos difíciles de la vida. Cuanto más intensamente cultivamos la comunión con Dios, más se hace visible en nuestra vida la alegría que nos da Dios, incluso y sobre todo en los momentos de sequía.

Asaf, que atravesó un duro período de prueba en el desierto, describe en el Salmo 73:1-22 cómo le fue. Pero luego continúa: “*Pero* yo siempre estoy contigo, pues tú me sostienes de la mano derecha, me guías con tu consejo, y más tarde me acogerás en gloria” (vs. 23-24 NVI). Finalmente, Asaf, al igual que David, llega al gran ‘pero’ y termina (v. 28): “*Pero* en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Dios, el Señor, mi esperanza, para contar todas tus obras” (lea Sal. 73:23-28).


